

—¿Y habéis estado allí encerrados quince días sin salir? dijo Sofía Leakhuie ¡miren los enamorados!

—Perdóname, prima, pero hemos salido todos los días.

—¿Y á dónde habéis ido, pues? ¿con los lobos?

—¡No, no! íbamos á nuestro jardín, en donde florece el naranjo y en donde las camelias...

—Y allí pasábamos la mitad del día, añadió Nastia.

—¿Y donde está eso? preguntaron todos.

—En los invernaderos del Jardín Botánico, señores, dijo Sergio, saludando á los concurrentes y dejando que Nastia se inclinara para hacer una graciosa reverencia.

Pareció á todo el mundo la idea tan nueva y original que empezaron á aplaudir. Este tesoro único estaba al alcance de todo el mundo.

En el momento en que Miguel se despedía de Marta esta le dijo en voz baja.

—Os espero mañana á las diez en el Jardín Botánico. Tengo muchas cosas que deciros.

Miguel saludó profundamente y salió sin mirar á la princesa, pero no sin que Paulina se hubiera fijado en la mirada de Marta y en el súbito rubor del joven oficial.

—Ya los tengo, se dijo, no se me escaparán esta vez.

XXVI

Amaneció sin una nube en el horizonte. Marta se levantó temprano, ordenó al cochero que enganchase un trinco ligero y á las nueve y

media salió de su casa dejando al príncipe, que se había recogido muy tarde, sumido en un profundo sueño.

No creyéndose culpable, no tenía miedo de ser sorprendida, y al recorrer las calles al trote largo de su caballo, miraba tranquilamente á su alrededor dispuesta á saludar al primer conocido que encontrase.

Hacía un frío glacial; una especie de vapor medio congelado rodeaba á modo de nubecilla blanca las narices del caballo; las aceras recién barridas y salpicadas de arena fina, dibujaban dos líneas amarillas á lo largo de las calles; la escarcha, deslumbrante bajo los rayos de un sol de invierno, revestía de lentejuelas los techos de las casas y los salientes de los edificios, y el humo, que se escapaba de las chimeneas en grandes copos negros, se iba disipando en caprichosas nubes, á impulsos del viento, desgarrándose en girones violáceos.

Marta contemplaba este espectáculo y gozaba de la vida con intensidad. Sobre su pecho había gravitado por espacio de veinte meses, un peso enorme, y al verse libre de este fardo que le oprimía el alma, respiraba á su gusto, ensanchando los pulmones. El camino se le hizo largo; atravesó el Neva y le pareció que era una extensión inmensa, infinita, un océano de hielo, detrás del cual la verdad y el honor la esperaban en la orilla.

Al llegar á la puerta del Jardín Botánico se detuvo un momento. Aquella enorme masa brillaba al sol como un diamante gigantesco; no se veía ni un árbol, ni una rama en la cual la escarcha no dibujase sobre un cielo azul la silueta de sus contornos.

Hubiérase dicho que era una inmensa roca de coral blanco, puesta allí por milagro.

Marta se dirigió á pie por el camino que conduce á los invernaderos; los árboles extendían por encima de su cabeza su virginal magnificencia. De vez en cuando, un pájaro volaba, sacudiendo sobre el camino el agua helada de las hojas, pero en seguida perdiase el ruido de sus alas en el gran silencio de la nieve. El reino del hielo no pertenecía más que á Marta.

Se detuvo un momento en las oficinas de la administración del parque para enterarse en dónde podría adquirir algunas semillas y plantas de salón y después se dirigió á los invernaderos.

Desde que salió de su casa no había experimentado la menor inquietud, pero cuando vió á Miguel Averief que la esperaba en el vestíbulo de cristales, sintió un estremecimiento que recorrió todo su ser.

Se saludaron sin despegar los labios, entraron juntos, y de repente, por una bagatela insignificante, se sonrojó Marta. Un empleado del parque, sin fijarse en ella, le presentó la pluma con la cual debía inscribir su nombre en el registro preparado á este efecto. Dudando lo qué hacer, miró á Miguel, y éste cogió la pluma y escribió un nombre cualquiera.

Después ofreció el brazo á Marta, avergonzada y confusa, y entraron en el invernadero.

La primera bocanada de aire que les dió en el rostro, estaba tan cargada de perfumes, era tan penetrante el olor de sávia y el calor era tan húmedo, que Marta intentó retroceder para volver á su casa. No había previsto el efecto que podía causar en su naturaleza joven aquel ambiente tan saturado de emanaciones vitales; sabía que aquel sitio estaba desierto, porque su hermana estuvo yendo por espacio de quince días sin encontrar á nadie, y al citar allí á Miguel no pensó en otra cosa, pero sintió remordimientos y vergüenza.

Miguel no le dió tiempo á realizar sus propósitos.

Iban paseando despacio por entre dos hileras de camelias en flor. Colocadas al borde del pasadizo, formaban una muralla de verdura por entre la cual brotaban flores de todos colores, las unas abiertas completamente mostrando orgullosas la riqueza de sus hojas, las otras, á medio abrir, indicando todavía la forma indecisa del capullo reventado; otras, por último, verdaderos botones cuidadosamente metidos en sus oscuras vainas y al extremo de los cuales una puntita color rosa, apenas perceptible, dejaba adivinar la florescencia próxima.

Marta se detuvo admirada.

—No he visto nunca tantas flores! le dijo á Miguel.

Esta frase rompió el hielo. Ninguno de los dos se había atrevido á proferir una palabra y he aquí que las flores se cuidaron de descartar el peligro.

Continuaron hablando como si un abismo no los hubiera separado de aquel dichoso tiempo en que podían decirselo todo sin obstáculo alguno.

El guarda del invernadero, esclavo maquinal de su consigna, los seguía con aire taciturno y de fastidio. Poco le importaba saber si esta pareja eran hermanos ó enamorados que se ocu tan. Su consigna era impedir que estropearan las plantas; lo demás le tenía sin cuidado.

Sin embargo, Marta no hacía más que volver la cabeza para ver si les seguía alguien.

—Espere un momento—dijo Miguel que comprendió su temor.

Abrió una puerta y Marta no pudo contener un ligero grito de sorpresa.

Ante su vista apareció una alta cúpula de cristales, dentro de la cual los bananos, los chirimo-

yos y las palmeras desenvolvían á sus anchas su altura gigantesca. Las palmeras, ávidas de sol, enderezaban sus hojas hacia el espacio, buscando en el cielo la patria ausente; por dos veces habían temido que renovar los cristales de la cúpula; las vigorosas ramas, en su impulso continuo, habían vencido el obstáculo abriéndose camino con perseverancia indomable. Una multitud de pájaros de los trópicos con plumaje multicolor, revoloteaban por entre el espléndido follaje. Musgos y helechos de todos tamaños extendían sus menudas hojas por todos los rincones, y los naranjos en flor embalsamaban el aire con su perfume penetrante.

—Ya estamos en vuestra casa, dijo Miguel á la princesa. Venga usted por aquí.

Y se dirigió hacia una escalera de hierro que aparecía medio oculta entre el follaje. La princesa le siguió, fija la vista en la oscura masa de hojas lustrosas.

Llegaron á la primera meseta. En un balcón aéreo se extendía á su vista atravesando el invernadero de un extremo á otro. Anduvieron un trozo y se detuvieron apoyados en la balaustrada.

Por encima de ellos, había emplazada otra segunda galería aérea. Las grandes hojas de los cocoteros la cubría con una lluvia de verdura. En todo lo alto, los cristales de la cúpula permitían ver el sol y el cielo. A sus pies, un mar de follaje, zarzales de ramas erizadas; tallos nudosos de ficus serpenteando con sus largas hojas charoladas; troncos de palmera elevándose como columnas cubiertas de escamas sobrepuestas; hojas de banano arrollándose en volutas lucientes; áloes y cactus desenvolviendo sus agujas; racimos de frutos colgantes de los muros, la vida vegetal con todo el esplendor de los trópicos.

—Esto es la primavera—dijo Miguel á media voz.

—La primavera eterna... murmuró Marta poseída de una insuperable melancolía.

Y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se volvió hacia Miguel apoyando una mano en la balastrada.

—Os he querido ver, comenzó, para deciros las injusticias que he cometido con usted y para explicaros el modo cómo he sido engañada.

Miguel la miraba fijamente; pero la princesa continuó sin turbarse, poseída de que estaba cumpliendo con un imperioso deber de conciencia.

—Os hubiera querido ver en mi casa el día de mi cumpleaños me parecía que vuestra presencia me hacía feliz y experimentaba un disgusto cuando después de haberos esperado, no aparecáis. Y aquel día más que ningún otro.

La voz de Marta se debilitaba por instantes; guardó un momento de silencio y luego continuó:

—¿Me envió usted un bouquet?

—Sí.

—No lo recibí y claramente se ve que impidieron su llegada á mis manos. ¿Qué decía usted á mi padre en aquella carta que escribió usted desde Mentón y que tampoco se recibió?

—Le decía que tan pronto regresara del viaje, iría á hacerle una súplica de cuyo resultado dependía la felicidad de toda mi vida.

Marta bajó los ojos y reflexionó.

—Este bouquet y esta carta han sido ocultados por una misma mano.

—¿Sospecha usted?...

—¡De Paulina, estoy segura! El día de vuestra marcha me dijo...

Marta no pudo continuar de tan absurda como le pareció su conducta. ¡Qué credulidad la suya en aquel entonces! ¡Y cómo se supo Paulina aprovechar de ella!

—Termine usted, se lo ruego; hemos venido

aquí para hablar francamente,—dijo Miguel emocionado con Marta.

—Pues me dijo que se llevaba usted á su hija para reunirse en Italia con la madre.

—¿Y usted lo creyó? gritó Miguel indignado.

—Yo lo creí, repitió Marta bajando la cabeza.

—¡Pero si eso era inverosímil!

—Sí, pero...

—¿Qué?

—Estaba celosa y lo creía todo—contestó Marta en voz tan baja que más bien se adivinó su respuesta.

Un gran silencio reinó en el invernadero. Únicamente el agua del surtidor con su ruido argentino parecía llorar lo irreparable. Una hoja seca se desprendió de lo alto de un árbol y de rama en rama cayó al suelo lentamente. Marta levantó la cabeza con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Me perdona usted?—dijo. ¡Ya estoy castigada!

—No tengo nada que perdonaros, respondió Miguel con una dulzura que llegó al alma de la princesa. Somos dos víctimas y es necesario que castigemos al verdugo. Si no fuera una mujer!... añadió con un rayo de cólera en los ojos

—Un ser semejante, no es mujer, ha deshonrado hasta la propia debilidad de su sexo.

Miguel explicó á su vez los motivos por los cuales no se atrevió á pedir la mano de Marta, su encuentro con Oghérof, el casamiento de Sofia Liakhine...

—Mi padre no hubiera querido saber nada sin contar con el previo consentimiento del vuestro,—dijo Marta con tristeza. ¡Estaría escrito!

Volvió otra vez á reinar el silencio. Miguel no apartaba los ojos de la princesa y ésta dirigía su mirada vaga á las hojas de los árboles sobre las que veía flotar sus sueños de otras veces.

—¿Cómo era vuestro bouquet?—le preguntó á Miguel.

—Blanco con flores de azahar. El os tenía que decir lo que yo estaba obligado á callar.

Marta suspiró y continuó mirando el follaje.

—Y ahora, dijo Miguel en voz baja ¿qué es lo queréis de mí!

—Que salgáis de San Petersburgo, con objeto de que yo, que estoy obligada á permanecer, no os vuelva á ver. No os podría hablar nunca más como lo he hecho desde .. —aquí se detuvo;— y no os puedo dirigir la palabra de otro modo distinto al que lo estoy haciendo. Bien ve usted que es necesario nos separemos!

—¿Para siempre?

—Para mucho tiempo. Hasta que se haya usted casado...

Miguel sacudió la cabeza.

—¿Jamás?

—¡Mejor! respondió la princesa casi sin querer. Entonces hasta que seamos viejos.

—¿Me lo exige usted?

—Os lo suplico.

—Obedeceré, respondió Miguel, pálido de emoción pero tan decidido como ella. Sin embargo, yo no puedo irme de San Petersburgo mañana mismo. Tengo que pedir una permuta. ¿Hasta entonces, qué quiere usted que haga?

—Me iré yo; saldré para una cualquiera de mis propiedades lejanas y no volveré hasta el invierno próximo. ¿Y usted dónde irá?

—Al Cáucaso.

Marta no respondió. Su mano temblaba imprimiendo á la barandilla un movimiento nervioso.

—Si no vuelvo, continuó Miguel, acordaos de mí, y no olvidéis que desde el primer día hasta el último, os he...

—No, no, interrumpió Marta; no me digáis lo que no debo oír; ¡os lo suplico!

Miguel inclinóse y cerró sus labios.

En aquel momento se sintió ruido en la planta baja, y abrióse la puerta del invernadero.

—Nos han cogido! murmuró la princesa llena de angustia; ¡estamos perdidos!

Miguel intentó tranquilizarla.

—Hay dos escaleras; si suben por una, nosotros bajaremos por la otra. Lo mejor es esperar aquí hasta ver lo que hacen.

Ocultos por el espeso ramaje de un árbol permanecieron silenciosos, hasta oír alguna voz que los orientase.

Los visitantes inesperados se detuvieron un momento, emprendieron nuevamente su camino y pasaron por debajo de Miguel y Marta, colgando uno del otro y hablando bajo.

—¡Es mi hermana!—dijo Marta palideciendo.

—¿Subimos, Sergio? se oyó decir á Nastia.

—Hoy no, tesoro mío, contestó Sergio. La abuelita nos reñiría si llegásemos tarde para almorzar.

Y se alejaron, siempre del brazo y hablando bajo.

Miguel permanecía mudo. Marta, inquieta, levantó hacia él su semblante lleno de lágrimas.

—¡Esta felicidad nos estaba reservada á nosotros!—dijo Miguel como contestando á la muda pregunta de la princesa.

Marta lloró amargamente.

—Adiós, le dijo á Miguel al cabo de un rato, procurando secar sus lágrimas.

—Adiós, contestó éste, mirándola ensimismado. Y le alargó las dos manos.

—No, no, ni eso; no empañemos nuestra dignidad ni con una sombra. Delante de las gentes, sí, aquí solos no. Marta Milaguine os amará

siempre; pero no pidais nada á la princesa Oghérof.

Al oír este nombre, Miguel frunció el entrecejo; la imagen detestable del marido venia á turbar la serenidad dolorosa de una despedida tal vez eterna. Marta lo comprendió.

—El príncipe será siempre un extraño para mí; pero llevo su nombre y esto es bastante para que no tenga nunca que avergonzarme ante él. Si su mano estrecha la mía, no quiero que pueda encontrar en ella otra clase de apretón...

—¿Nada, entonces?

—¡Nada, repitió Marta; nada en este mundo, y todo mi cariño hasta más allá de la muerte

Y rápida como el deseo, atravesó el invernadero, salió á los jardines descubiertos, llegó á la puerta, y montó en su trineo.

Miguel, vencido por la lucha de tantos sentimientos opuestos, permaneció un momento como si estuviera sumido en un sopor profundo; pero sobreponiéndose á todos salió del Jardín Botánico, dirigiéndose á los muelles. Llegó al Neva y quiso atravesarlo á pie.

Cuando se encontró en medio del cauce, miró á su alrededor. Por delante, por detrás, por todas partes, se encontraba rodeado de enormes bloques de hielo erizados y confusos. Aquel año la helada había sido rápida; grandes témpanos, impulsados por un fuerte viento, se habían unido los unos á los otros, sembrando, en la misma superficie del río, obstáculos difíciles de franquear. Aquello era el movimiento en su majestuoso horror.

—El invierno, ¡el invierno eterno para mí! se dijo Miguel desesperado.

Las cúpulas de los campanarios de las iglesias brillaban al contacto del sol en el firmamento azul.

Imágenes de la fe, elevaban incesantemente al cielo sus fervientes ruegos.

Miguel se conmovió y consolado por la fe, se dijo:

—Creo en ella, puesto que me ama... y confío en la misericordia de Dios: ¡al Cáucaso!

XXVII

Cuando la princesa regresó á su casa, estaban su marido y Paulina almorzando uno frente al otro; ella reservada como de costumbre y al acech; el príncipe, muy disgustado, porque no le probó bien la cena de la noche anterior.

—¿Cómo te has atrevido á salir esta mañana, con un frío tan horrible? le dijo el príncipe; no has encontrado otro medio más á propósito para resfriarte? Alguna obra de caridad, con seguridad. ¡Pues está el día para esos Belenes!

—No, amigo mío, no, respondió Marta, desdoblado su servilleta; vengo del Jardín Botánico.

Al oír estas palabras, Paulina dirigió á la princesa una mirada oblicua.

—¡Qué idea! exclamó Oghérof saliendo de su apatía. Debías haberme llevado contigo.

—Me habían dicho que dormías.

—Es un paseo muy agradable, ¿verdad? Has hecho que enganchen á Black?

La princesa hizo un signo de cabeza afirmativo.

—¿Anda bien por el hielo?

—A maravilla.

—¡Oh! no lo dudo. Será necesario volver al Jardín Botánico. ¡Es delicioso en invierno! También son preciosos los invernaderos de Gromof. ¿No los has visto?

—No.

—Iremos juntos cualquier día.

—Cuando quieras, respondió Marta.

El príncipe salió de su casa, como de costumbre, sin sospechar lo más mínimo, pero Paulina notó en Marta una cierta precipitación febril en las respuestas.

Ni corta ni perezosa, se arregló para salir y tomó un drojki de alquiler, no sin reflexionar en lo caro que le iban resultando sus averiguaciones, sin resultado alguno positivo. Pero la venganza!

Cuando llegó al Jardín Botánico, entró en el vestibulo y preguntó si se había encontrado allí un brazalet, que la princesa Oghérof suponía haber perdido en los invernaderos aquella mañana, entre diez y once.

—No se ha encontrado nada, respondió el empleado.

—Ni ha venido hoy nadie que se llamara así, añadió el que se cuidaba del registro.

—Tal vez fuera ayer; quizás no haya entendido bien la fecha. Permítame ver el libro.

El registro estaba al alcance de sus manos y como no encontró inconveniente, lo estuvo Paulina hojeando, pasando la vista por los nombres de todos en que habían visitado el Jardín desde hacía una semana. El nombre de la princesa no aparecía.

—Me habrán informado mal, dijo. Iré á los invernaderos Gromof. Tal vez fuera allí.

Paulina regresó descorazonada. Por dos veces habían fracasado sus intentos. ¿Le iría á abandonar su estrella? ¿No podría averiguar en donde había estado Marta aquella mañana?

Su estrella no le había abandonado y la prueba la tuvo aquella misma noche.

Los recién casados se quedaron á cenar en casa de la princesa. A media comida, Nastia preguntó á su hermana:

—¿ómo es que no te hemos visto esta mañana en el Jardín Botánico? Tu trineo estaba en la puerta.

Marta sonrió, y conteniendo su angustia dijo:

—Os he visto pasar, cuando me encontraba en la galería del primer piso del invernadero grande.

—¿Y por qué no nos llamaste? hubiéramos regresado juntos, dijo Nastia.

—¡bais tan encantados que no quise interrumpir vuestro idilio, respondió Marta siempre sonriendo.

Además hubiera podido ser la causa de que llegara tarde para almorzar y la abuelita os hubiera reñido.

—¡Sergio! ¡nos ha oído! dijo Nastia dirigiéndose á su marido.

—No oí más que eso, añadió Marta sorprendida de su sangre fría.

Paulina prestaba extraordinaria atención á este diálogo.

—¡Esta mañana no me dijiste que habías visto á esa pareja de palomos! dijo el príncipe en tono de reproche jovial.

—No sabía si les sentaría bien que se divulgara su secreto, respondió la princesa. Los enamorados aman la soledad y el misterio, añadió con tono indiferente.

Paulina estaba tan encantada que hasta perdió el apetito. ¿Cómo es, se decía, que va al Jardín Botánico y no da su nombre? Es que tendría miedo á que pudiesen buscarla. Y el hecho es cierto...

Marta estaba en la galería con Miguel Averief

cuando pasaron estos badulaques. Y han sido tan tontos que no los han visto!

Paulina, después de estas reflexiones, alzó los hombros llena de piedad por la bestia humana y le volvió el apetito.

Pero cuál no sería su sorpresa, cuando dos ó tres días más tarde, anunció Marta su intención de ir á una de sus propiedades situadas al sud de Moscou, para esperar la llegada de la primavera, en un clima menos riguroso!

—¿Se va? decía Paulina para sí; se va en el preciso momento en que acaban de ponerse de acuerdo. No lo entiendo y lo peor es que me llevará consigo y que el señor Milaguine se desentenderá de mí para siempre!

En efecto, Marta, había decidido llevarse á Paulina; el príncipe insistió en lo contrario, sin comprender el interés que tenía su mujer, pero ésta no quería de modo alguno dejar á Paulina entre los suyos y prefirió tenerla cerca para vigilarla mejor.

Por lo que respecta al señor Milaguine, el asunto estaba ya resuelto, pero Paulina, como los gorriones en tiempo de escasez, abrigaba todavía algunas ilusiones con las migajas de sus esperanzas.

¡Esta maldita princesa no dejaba nunca de interponerse en los proyectos de Paulina! Pensó resistirse y quedarse en San Petersburgo; pero, ¿con qué pretexto? No encontró ninguno y se vió obligada á ir embalando los vestidos de Marta, en cuya ocupación tan humillante para su ambicioso carácter, tuvo que invertir algunos días.

A duras penas pudo conseguir Marta que su familia no se opusiera á este viaje tan precipitado.

Nastia recurrió á las lágrimas de su niñera para obligar á su hermana á que se quedara, y el

señor Milaguine, desolado, no sabía qué medios emplear para obtener un resultado análogo.

—Vente conmigo, papá, le dijo un día; poco te distraerás por allí, pero seré muy feliz teniéndote a mi lado!

—¡En este tiempo, con mi reuma y mi asma! ¿Qué ocurrencia tienes! Este viaje será mi muerte, como será la tuya, añadió desesperado. Es necesario que tu marido haya perdido la cabeza para dejarte marchar en esta época!

Este sentimiento general había concluido por entristecer á Marta sin quebrantar su resolución. Encontró una firme aliada en la señora Averief, confidente obligada de todos los disgustos de la familia.

—Dejar á la princesa, decía á todo el que la quería oír. Ella sabe lo que le conviene porque es mujer inteligente. Cuando dice que el clima de San Petersburgo no le prueba, es porque será verdad. ¿Quereis que se ponga enferma otra vez, como la primavera pasada?

A fuerza de insistir sobre el mismo tema concluyó por convencerlos y Marta pudo ocuparse de su viaje sin que la interrumpieran á cada momento las lágrimas de su hermana ni las lamentaciones de su padre.

Cuando fué á despedirse de la señora Averief la encontró sola.

—Te marchas, le dijo, y haces bien, pero no juegues con tu salud. Tu vida no te pertenece á ti sola, es también de los que te aman. Piensa en tu padre.

—Nada temáis, respondió Marta; velaré por mi salud. Usted lo ha dicho; no me pertenece. Pero tengo necesidad de reposo, volveré pronto.

La señora Averief la miraba con aire de duda.

—Sí, continuó Marta, volveré pronto, más

pronto de lo que usted se figura. ¿No sabe usted nada?

—No.

—Se va al ejército de operaciones, dijo Marta en voz baja.

Reinó el silencio. La señora Averief se acordó de todos los suyos que en la guerra habían sucumbido.

—Hubiera querido volverlo á ver otra vez, la última, aquí, en vuestra casa, dijo Marta con voz casi imperceptible. Esto no perjudica á nadie...

La señora Averief dudó un momento. La mala sana moral le impedía ciertamente proteger una entrevista de esa naturaleza, pero; habían sufrido tanto los dos y se presentaba un porvenir tan siniestro!

—Invitaré á toda la familia, aquí, la víspera de tu salida, contestó la abuela, cuyos ojos estaban cansados de llorar durante toda su vida y que comprendía todos los dolores humanos.

Marta besó la mano de la señora Averief.

No tardó en llegar el día designado. El último de Febrero, toda la familia se encontró reunida en casa de la señora Averief para despedirse de Marta.

Individualmente todo el mudo estaba triste; colectivamente se dijeron miles de locuras, como suele suceder cuando existe tensión en el espíritu y los nervios se encuentran excitados. Marta reía de tal modo que parecía tener diez y siete años. Miguel, por su parte, situado lejos de ella, bromaba con el príncipe.

A medida que avanzaba la hora, fueron languideciendo las conversaciones y la tristeza volvió á sentar sus reales entre la concurrencia. Marta tuvo el valor de dar la señal de la salida, anunciando que á primera hora del día siguiente abandonaba San Petersburgo.

—Hasta la vista todos, amigos y parientes, dijo levantándose. Que Dios os conceda salud y felicidad. Espero que á mi vuelta, estaréis todos como ahora.

Todo el mundo la saludó cariñosa y efusivamente.

Pablo Averief, que siempre que veía á la princesa, sentía remordimientos, estuvo con ella cariñosísima y deferente.

Marta se dirigió á Miguel.

—Adiós! le dijo únicamente.

—¡Adiós! contestó éste, é inclinándose hacia la mano que la princesa le tendía, se la besó con profundo respeto.

Marta, con la vista baja se acercó á la señora Averief que la recibió en sus brazos.

—Ya no te veré más, Marta, le dijo la buena señora en voz muy queda. Soy muy vieja. Hubiera querido, antes de morir, ver dichosos á todos los que amo; pero no tendré esta alegría. Que Dios te proteja, hija mía, y que el cielo te dé la recompensa que mereces.

Y con su mano temblorosa bendijo á la princesa que salió pálida, pero digna y tranquila como siempre.

Su última mirada, á pesar suyo, fué para Miguel, y con ella se fueron todas las alegrías de su alma.

De Paulina no se despidió nadie.

XXVIII

El príncipe acompañó á su mujer. Este marido indiferente que vivía tan separado de Marta como

si habitaran en hemisferios opuestos, hubiera considerado indigno de ser un caballero á cualquiera que le hubiese propuesto dejarla viajar sola. Abandonó la vida bulliciosa de San Petersburgo, por carreteras desiertas y los deshielos peligrosos del mes de Marzo, y es que Oghérof era todo un gentleman que no se fiaba de sus criados para la conservación de la vida de su esposa la princesa.

El viaje fué largo y cansado. Obligados por las alternativas de lluvia y nieve á cambiar constantemente el trineo por el carruaje y el carruaje por el trineo, se detenían con mucha frecuencia perdiendo tiempo en estas operaciones. Cinco días después de haber salido de Moscou divisaron la silueta de su casa señorial dibujarse sobre la nieve de la planicie.

Un río bastante caudaloso los separaba.

Aquella mañana fué la más peligrosa del viaje. La capa del hielo que cubría la superficie del río era tan delgada que se veía el agua por debajo deslizarse en impetuosa corriente. ¿De qué modo había de pasar el carruaje sobre esta frágil superficie?

Los viajeros atravesaron el río á pie, en tanto que el barquero buscaba, con los criados, un sitio más sólido para el coche. Después de muchas tentaciones se encontró á una versta más abajo y al obscurecer entraba la princesa en aquella casa que debía resguardar su voluntario aislamiento. Un sol de lluvia inundaba con amarillos rayos la fachada de la mansión.

—El sol os saluda, señora y soberana, dijo galantemente el príncipe á su mujer, ofreciéndole el brazo para bajar del carruaje.

Marta recordó involuntariamente su viaje de novios.

—,Con tal de que él no se acuerde! dijo para sí.